

BASILIO SÁNCHEZ

El cielo de las cosas

Mérida, Editora Regional
de Extremadura, 2001

En *El cielo de las cosas* las palabras habitan el terreno de la emoción contenida, el preferido por este lector: se toman elementales, susurrantes, con el recogimiento y la emoción de los grandes poemas sencillos, los que se escriben con la sosegada placidez de quien sabe que los mismos cuchillos que los provocan marcan nuestra piel hasta convertirla en el mapa de los días vividos. Son palabras para habitar el silencio que es el rastro del tiempo, que nos muestra que siempre existe un vacío dentro de otro vacío, que los días son un lento mensaje indescifrable que procura el orden de la luz entre el desorden de la memoria.

El libro es un poemario en prosa. Si, como dijo alguien, «escribir es respirar», también podríamos decir nosotros ahora que respirar es vivir y que esa vida es la que alienta la poesía de Basilio y esta muestra de prosas, que habita tan cerca de sus otros libros que comparte su propio aliento, plenamente simbólico, con una mirada, personal y apacible, que va nombrando las cosas del mundo desde ese silencio que habita, el de no conocer las respuestas a unas preguntas que mudan

cada día de rostro y de disfraz pero que siempre, con fidelidad perruna, nos inquietan con las mismas palabras.

La historia, contada así, es simple: en *El cielo de las cosas* un narrador va relatando la ascensión de un hombre a una cima donde se alza una fortaleza. El hombre vaga, se para a veces, se entretiene en observar cuanto le rodea, enciende una palabra cuando siente frío, observa cómo el agua de cualquier río transporta a otra parte las palabras nunca pronunciadas, sabe, en suma, que no es mucho más que una racha de aire construida con el barro de los días. De este plano real se salta a otro más simbólico, cuando se transforma la ascensión física del personaje en una suerte de descenso hacia dentro de sí mismo, hacia ese pozo que es la memoria, ese «pájaro encerrado bajo un cuenco de vidrio», como dice uno de los poemas. El hombre asciende para descender. La historia no es nueva. Y, sin embargo, en medio de ese enigmático camino, sabe que no está sólo. Una primera persona surge, en letra cursiva, para mostrar al lector la otra cara de la misma historia, la que el mismo hombre (o el poeta) protagoniza y que entra en diálogo con el propio narrador.

Asistiendo a esta construcción sutilmente coral el lector se adentra en los entresijos de ese descenso donde

realmente se encuentra el cielo, aunque no se trate más que del cielo raso que cubre los objetos y las situaciones cotidianas como una plácida oración que se susurra al oído de la persona amada. Porque de amor se habla también, creo yo, en este libro, y de la memoria de los muertos y de la heredad de los vivos, y de la melancolía del lenguaje y del resplandor de lo perdido, entre una piedra y una nube, en ese lugar sagrado en el que todos los caminos convergen.

Una mano, la que escribe, puede salvar al mundo, es decir, puede transportarnos al cielo de las cosas, ese que intenta camuflarse ante nuestros ojos vistiendo los ropajes de las miserias más cotidianas. Por eso la mano que escribe es también la luz en medio de la ceguera, la lámpara que alumbra el cuarto y la casa y que tiembla como el hombre que la sostiene.

Al final del ascenso, la verdadera revelación del descenso, de la inmersión en el fondo (o en el cielo) de las cosas. Doce sillas vacías aguardan al viajero en la fortaleza. El sentido de comunión en la luz, en la poesía, me parece aquí latente. Por eso se dice en el último poema que el personaje «ya ha encontrado la forma de hablarles». Ese es el lugar donde todas las cosas convergen, donde se puede tocar el cielo sin levantar los pies del suelo, tal vez sin levantar las manos de la mesa. Las cosas emiten un murmullo secreto, la lenta oración de la pesada máquina del mundo, que viaja en *El cielo de las cosas*, también, del singular inicial del personaje al sentimiento plural de su fin. Del yo o él a nosotros.

Los poemas de Basilio Sánchez se alzan, en suma, como una revelación que nos eleva por encima de la vida cotidiana, es decir, que nos ayuda, únicamente, a intentar comprenderla. Los versos (sí, en prosa) viajan, ascienden también a través de la oscuridad buscando una luz donde asirse, que encuentran la mayor parte de las veces en una palabra incendiada como una especie de zarza que arde como el tiempo en nuestras manos.

Termino. Los poemas de *El cielo de las cosas* se hacen depuradamente intimistas hasta marcar nuestra piel, se abren paso, balbuceantes y meditativos, entre los objetos, las personas y los sentimientos que construyen el mundo que nos toca vivir. Ese en el que, casi siempre, es necesario poder subir hasta rozar el cielo para alcanzar a saborear el verdadero placer de las cosas elementales, las que nacen cerca de la tierra. De esa tierra que es también, al final, el mismo cielo de las cosas.

Antonio Sáez Delgado

JESÚS SÁNCHEZ ADALID
El Mozárabe
Barcelona, Ediciones B, 2001

Jesús Sánchez Adalid irrumpió en el panorama literario con la novela *La fuente del Atenor: La luz del Oriente*, que quedase finalista en el premio Felipe Trigo 1998 y fue publicada el año pasado por Ediciones B, de Cataluña. La obra se enmarca en el siglo III de la era cristiana y tiene como

protagonista a Félix, un joven lusitano que se educa en Emérita y, para hallar soluciones a sus inquietudes filosóficas, recorre buena parte de aquel Imperio, cuya corrupción y consecuente decadencia percibe.

Mayor éxito está logrando con *El Mozárabe*, otra novela histórica, que en pocos meses ha sido reeditada, logrando una gran acogida entre los lectores, pese a sus casi setecientas páginas.

Jesús Sánchez es natural de Don Benito (1962), aunque pasó su infancia y juventud en Villanueva de la Serena, donde reside su familia. Allí tuve la suerte de contarle entre mis alumnos de BUP y COU. Aún recuerdo la seriedad y el rigor de aquel adolescente, cuyos interés por las cuestiones trascendentales no se ocultaba. Licenciado en derecho por la Universidad de Extremadura, ejerció como juez antes de volverse a los estudios, cursando filosofía y teología. Ordenado después de sacerdote católico, actualmente labora para recibirse como Doctor en Derecho Canónico por la Universidad de Salamanca. Cuenta, pues, con un bagaje intelectual sólido para enfrentarse a un texto como éste, en el que los datos históricos se combinan con las grandes cuestiones ideológicas de la época (siglo X).

El Mozárabe cuenta con dos extraordinarios protagonistas, símbolos de las culturas florecientes en la Córdoba del novecientos, la musulmana y la cristiana. Constituyen el soporte narrativo de la obra. Ambos coinciden en los primeros años de for-

mación, dentro de las respectivas comunidades (la judía se apunta, sin mayor desarrollo), para volver a encontrarse al término de sus vidas, que habrán discurrido con enorme intensidad. Asbag obtiene el episcopado cordobés, luego se educa como políglota, bibliófilo, diplomático y copista excelso. Avatares innúmeros lo conducen por todos los rincones de Europa, desde los fiordos vikingos hasta Constantinopla. Esto permite al novelista introducimos en cortes semisalvajes, monasterios teutones, franceses e italianos, los recovecos bizantinos y romanos..., para culminar sobre el sepulcro del Apóstol Shant Yacub. Hasta la basílica gallega conduce irresistibles y devastadoras huestes su amigo de juventud, Abuámir, que bajo el nombre de Almansur había llegado a ser el *malik karim* de la España islámica. La narración de su fulgurante carrera nos introduce en los secretos del califato cordobés, desde los hogares más humildes a las interioridades del harén real. Esta segunda trama de la obra es a mi modo de ver la mejor conseguida —la otra nos parece excesivamente forzada— y el autor demuestra haberse documentado concienzudamente para no incurrir en inverosimilitudes a la hora de fantasear sobre acontecimientos o personajes. Entre éstos hay que señalar también varios tan conseguidos como los eunucos imperiales Chawdar y al-Nizami, la princesa Shub, el presbítero Recemundo o el califa Alhaquen, modelo de sabiduría y tolerancia con las otras religiones.

Sánchez Adalid es más un recreador de ambientes y prototipos, un con-